Timothy Garton Ash

Europa
Una historia personal

Traducción de Antonia Martín

taurus

www.elboomeran.com

Estados y fronteras en 1972. Los lugares marcados en cursiva desempeñan un papel especial en este libro.

www.elboomeran.com

Para D., T. y A.

www.elboomeran.com

Escribir una historia verdadera y detallada de la Europa de este siglo. Esa es una tarea para toda la vida.

LEV TOLSTÓI,
Diarios, 22 de septiembre de 1852[1]

Es verdad lo que dicen los filósofos: «La vida solo se comprende hacia atrás». Pero es necesario recordar el otro principio: «Se vive hacia delante».

SØREN KIERKEGAARD, *Diario íntimo*[2]

www.elboomeran.com

PRÓLOGO

NUESTROS TIEMPOS

Estoy sentado en un saloncito con mi familia francesa anfitriona, entre los olores desconocidos del humo de los cigarrillos Gauloise y del café solo cargado, mirando una pequeña pantalla de televisión. Tengo catorce años, estoy en un intercambio escolar y les ayudo con la traducción. «Armstrong il dit: un petit pas pour moi, un grand pas pour l'humanité!». De inmediato una figura con traje de astronauta que proyecta su sombra cruza con pasos ingrávidos la superficie lunar, una escena que conozco muy bien por el libro de Tintín *Aterrizaje en la Luna*.[3]

Cuesta recuperar la sensación de lo remota que era la Europa continental para un colegial inglés en 1969. No diré que Francia parecía tan lejana como la Luna, pero representaba todo cuanto los ingleses han embutido tradicionalmente en la palabra «extranjero». Allá comen ranas, van en moto y tienen un montón de relaciones sexuales. Ni se te ocurra beber agua. Para llegar a la ciudad de La Rochelle, en la costa atlántica, había tenido que hacer un viaje que se me antojó interminable en autobús, metro, tren, ferry (con un mareo tremendo), tren y autobús otra vez. En la frontera habían examinado con suma atención y sellado mi flamante pasaporte británico de tapa rígida de un azul muy oscuro. Yo toqueteaba nervioso unos cuantos billetes enormes de francos franceses nuevecitos que llevaba en el bolsillo. Llamar a casa era una operación complicada que implicaba pelearse en un francés macarrónico con un operador en un teléfono fijo de línea crepitante («Peut on reverser les charges?»).

Veinte años más tarde me hallaba en Budapest, en un mitin de la disidencia, firmando ejemplares de la edición húngara de mis ensayos sobre Centroeuropa. Aquel fue el año de las maravillas, 1989. La libertad y Europa —las dos causas políticas que más me importan— avanzaban del bracete al son de la *Novena sinfonía* de Beethoven, precursoras de una revolución pacífica que abriría un nuevo capítulo de la historia europea y mundial. Ninguna parte del continente era ya «extranjera» para mí. Viviendo la paradoja que resume lo que significa ser europeo en la actualidad, en el extranjero me sentía en casa.

De hecho, me sentía tan a gusto que, mientras caminábamos más tarde por las cálidas y sensuales calles de Budapest, uno de mis amigos húngaros se volvió hacia mí y exclamó:

—¿No serás descendiente de Scholem Asch?

—No —contesté un tanto sorprendido.

—Entonces ¿cómo es que te interesa tanto Centroeuropa?

Como si de alguna manera la implicación emocional con otra parte de Europa requiriera una explicación genética.

La identidad nos viene dada, pero también se hace. No podemos elegir a nuestros padres, pero sí en quiénes nos convertimos. «En el fondo soy chino», escribió Franz Kafka en una postal dirigida a su novia.[4] Si digo «en el fondo soy centroeuropeo», no afirmo literalmente ser descendiente de Asch, el escritor yidis centroeuropeo, sino que declaro una afinidad electiva.

Puesto que Wimbledon, en Inglaterra, es mi lugar de nacimiento, no cabe duda de que nací en Europa y, por consiguiente, en un sentido rudimentario, nací europeo. Desde Eratóstenes, hará unos dos mil doscientos años, los cartógrafos siempre han situado las islas británicas en Europa, una región contrapuesta a Asia y África en lo que probablemente sea la subdivisión mental del mundo más antigua e ininterrumpida. Siempre que ha habido una noción geográfica de Europa, nuestro archipiélago, de forma un tanto triangular, ha estado incluido en ella. Sin embargo, no «nací europeo» en el sentido más radical de que me criaran para que me considerara así.

La única vez que mi madre se refirió a sí misma como europea fue al rememorar su juventud en la India británica, donde nació siendo hija del Raj. «Como europea —me contó recordando feliz los románticos meses que pasó de joven en Nueva Delhi al final de la Segunda Guerra Mundial—, salía a cabalgar a primera hora de la mañana». En la India los británicos se llamaban a sí mismos europeos. Solo al regresar al Reino Unido gustaban a menudo de negar una verdad que parecía palmaria a cualquiera que los mirara desde Washington, Pekín, Siberia o Tasmania.

Jamás oí a mi padre decir que era europeo, pese a que una experiencia decisiva en su formación había sido el desembarco en una playa normanda con la primera oleada de soldados británicos el Día D y la lucha con los ejércitos de liberación en Europa del

www.elboomeran.com

Norte hasta que, en silencio y agotado, celebró el Día VE (de la Victoria en Europa) a bordo de un tanque en algún lugar de las tierras bajas del norte de Alemania. Uno de sus primeros ministros conservadores favoritos, Harold Macmillan, supuestamente comentó que el legendario presidente francés Charles de Gaulle «habla de Europa, pero se refiere a Francia».[5] Sin embargo, lo mismo ocurría con los hombres ingleses como mi padre: cuando hablaban de Europa se referían a Francia en primer lugar, al igual que han hecho los ingleses durante al menos seis siglos, desde que la guerra de los Cien Años determinó la identidad nacional de Francia e Inglaterra, cada una opuesta a la otra.

Para mi padre, Europa era sin duda extranjera y la Unión Europea era una de esas «viles artimañas» que nuestro himno nacional insta a los patriotas británicos a desbaratar. Una vez, por Navidad, le regalé un euro de chocolate grande y lo devoró al instante haciendo rechinar los dientes con un deleite teatral. Conservador activo durante toda su vida, en la vejez se pasó durante un breve periodo al UKIP, el Partido de la Independencia del Reino Unido, lo que me horrorizó. De haber estado vivo en 2016, sin duda habría votado a favor del Brexit.

Doy gracias por la suerte histórica de haberme criado en Inglaterra, una tierra que amo, pero ese dato geográfico no me hizo europeo. Tomé conciencia de ser europeo entre aquel día de 1969 en que por primera vez, siendo un colegial, inhalé humo de cigarrillos Gauloise y la firma de libros en el Budapest revolucionario de 1989. Mi diario, en la entrada del viernes 12 de agosto de 1977, recoge una velada en una pizzería de Berlín Oriental con Karl, un «electricista, guía cinematográfico y taxista» austriaco, a quien mi yo de veintidós años, licenciado en Oxford y engreído, describe como un «compañero europeo claramente civilizado». (No sería bueno tener un compañero de pizza incivilizado, ¿no?). Aun así, un «compañero europeo».

Este libro es una historia personal de Europa. No es una autobiografía. Es más bien un libro de historia ilustrada con relatos memorialísticos. Recurro a mis diarios, cuadernos, fotografías, recuerdos, lecturas, a lo que he visto y oído a lo largo del último medio siglo, pero también a las remembranzas de otros. Así pues, cuando digo historia «personal», no me refiero solo a la mía, sino a la historia vivida por personas individuales y ejemplificada por sus relatos. Cito conversaciones que he mantenido con líderes europeos cuando eso ayuda a iluminar lo narrado, pero también múltiples reuniones con la llamada «gente corriente», que muchas veces son seres humanos más extraordinarios que sus dirigentes.

He visitado o revisitado algunos lugares para informarme, como hacen los periodistas. También he recurrido a las mejores fuentes primarias y a la investigación académica más reciente, como hacen los historiadores. A diferencia de los reportajes y las crónicas que escribí en el momento en que se desarrollaban los hechos, aquí aprovecho plenamente la perspectiva que da el tiempo. *A posteriori* todo se ve con claridad y, aunque la visión que tenemos a principios de la década de 2020 dista de ser perfecta, algunos hechos resultan ahora más claros.

Siempre procuro ser preciso, veraz y justo, pero no pretendo ser exhaustivo, imparcial u objetivo. Un escritor griego joven dibujaría una Europa diferente, y lo mismo cabe decir de un anciano finlandés, un nacionalista escocés, un ecologista suizo o una feminista portuguesa. Los europeos pueden tener numerosas patrias, pero nadie se siente igual de a gusto en todas las partes de Europa.

Si nuestros espacios son diferentes, también lo son nuestros tiempos. Por ejemplo, algunos de mis amigos polacos se movían en la clandestinidad a principios de los ochenta, durante un periodo de intensa represión: usaban nombres falsos, cambiaban de vivienda furtivamente por la noche y enviaban mensajes cifrados para todo el mundo igual que los miembros de la resistencia polaca clandestina durante la ocupación nazi en la Segunda Guerra Mundial. En un viaje que hice para verlos, escribí en mi diario: «Salida de Heathrow: 1984; llegada: 1945». Es posible que distintas generaciones habiten épocas distintas pese a vivir en el mismo sitio. Mi 2023 no es el 2023 de mis alumnos. Cada persona tiene su propio «nuestros tiempos».

Por tanto, si en la actualidad hay unos ochocientos cincuenta millones de europeos —empleando una definición geográfica amplia de Europa que incluye Rusia, Turquía y el Cáucaso—, entonces existen ochocientos cincuenta millones de Europas individuales.[6] Dime cuál es tu Europa y te diré quién eres. Pero ni siquiera ese marco es lo bastante amplio. La identidad es una mezcla de las cartas que nos han tocado en suerte y de lo que hacemos con ellas. Es asimismo una mezcla de cómo nos vemos a nosotros mismos y cómo nos ven los demás. Los europeos, que tienen una marcada tendencia a la autocomplacencia, también necesitan verse a través de los ojos de los no europeos, sobre todo en la enorme porción del mundo que ha experimentado el colonialismo europeo.

No obstante, aunque todos tenemos nuestra época personal y nuestra propia Europa, ambas se sitúan dentro de marcos temporales y espacios compartidos. La Europa de hoy

www.elboomeran.com

no se entiende a menos que nos remontemos al periodo que Tony Judt resumió en el título de su historia de Europa a partir de 1945: *Posguerra*. Pero ese marco de posguerra se solapa y en aspectos importantes queda reemplazado por la Europa pos-Muro, la que surgió tras la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, la desaparición de la Unión Soviética en diciembre de 1991 y el final de la división de nuestro continente en dos bloques hostiles durante la Guerra Fría. En las páginas siguientes ofrezco un relato personal y una interpretación de la historia de Europa en esos marcos temporales superpuestos de la posguerra y el pos-Muro.

El periodo posterior a la caída del Muro no fue una época de paz ininterrumpida en Europa. Se produjeron la sangrienta desintegración de la antigua Yugoslavia en los noventa, atrocidades terroristas en numerosas ciudades europeas, el ataque ruso a Georgia en 2008, la toma de Crimea en 2014 y el posterior conflicto armado en el este de Ucrania, que todavía continúa. No obstante, para la mayoría de los europeos ese periodo también podría definirse como la Paz de los Treinta Años. Eso terminó con la invasión a gran escala de Ucrania por parte de Rusia el 24 de febrero de 2022, con la que se inició una guerra de una magnitud y un horror no vistos en Europa desde 1945. Y en 1945 es donde debe empezar nuestro relato.

www.elboomeran.com

DESTRUIDA

(1945)

www.elboomeran.com

WESTEN

«El inglés llegó por la tarde», dice Heinrich Röpe, un robusto granjero bajosajón con la cara del color del ruibarbo. Mientras caminamos por las tranquilas orillas herbosas del Aller, me muestra un lugar cercano a su casa familiar, con entramado de madera. En ese sitio las tropas británicas levantaron un puente metálico provisional un día de abril de 1945. «Montgomery cruzó el río por aquí», exclama con más que una pizca de orgullo local. A sus cinco años, el pequeño Heini se puso de puntillas para mirar por la ventana y ver pasar el ejército de uniforme caqui.

He viajado al pueblo, ahora próspero, de Westen (que significa «oeste»), situado en medio de las tierras bajas del norte de Alemania, debido a tres fotografías granulosas en blanco y negro. Muestran a un grupo de oficiales del ejército británico viendo un partido de críquet. Uno de ellos es mi padre, que en aquel entonces tenía veintiséis años. Al dorso escribió, con su característica letra inclinada, que las fotografías se hicieron en junio de 1945 en Westen, población que su escuadrón de artillería ocupó al final de la Segunda Guerra Mundial. Para mi padre, que desde el Día D había pasado casi todo un año combatiendo en Francia, Bélgica, Países Bajos y Alemania, viendo cómo a su alrededor herían y mataban a camaradas suyos, un tranquilo partido de críquet debió de ser algo extraordinario. Escudriño el rostro tenso de un joven a quien nunca conocí y que se convertiría en el anciano al que quiero. ¿Qué pasaba por su mente?

Al mirar con más detenimiento veo al fondo a una mujer con un niñito en el regazo. Detrás de ella hay unos cuantos muchachos vestidos de civil. Un chico de lustroso pelo rubio lleva pantalones de talle alto sujetos con tirantes. Alemanes. ¿Qué impresión debió de causarles pasear entre aquellos desconocidos soldados extranjeros que jugaban a ese desconocido juego extranjero? ¿Lograría encontrar en Westen a alguien que recordara algunos detalles de aquella época?

Por eso estoy aquí, en un día soleado de primavera, sentado en el interior de un precioso edificio de ladrillo rojo del siglo XVIII convertido en museo municipal y lugar de reunión. Tengo ante mí, alrededor de una gran mesa de madera, a doce ancianos y una anciana que recuerdan…, que lo recuerdan todo. Todo, y quizá un poco más.

«Para mí, que pertenecí a las Juventudes Hitlerianas —dice Albert Gödecke, que al instante atrae nuestra atención—, estaba muy claro que Adolf Hitler ganaría la guerra». Así lo creyó hasta que conoció a su primer *tommy*, o soldado británico. (Todos los vecinos de Westen que se precien se refieren a las fuerzas armadas británicas en singular, es decir, como «el inglés» o «el *tommy*»). Por suerte, Albert hablaba un poco de inglés, y por eso le dijo al inglés: «Por favor, señor…».

Heinrich Müller, un viejo granjero rechoncho con una cabeza como una calabaza gigante, había sido soldado de la Wehrmacht y había luchado en el frente oriental hasta que resultó herido. En 1945 el *tommy* irrumpió en la granja que su familia tenía en Westen y le preguntó en un alemán entrecortado: «Warum Du nicht Soldat?» (¿Por qué no eres soldado?). Él se levantó la pernera del pantalón para mostrarles su herida.

Unos treinta jóvenes alemanes perecieron en la defensa desesperada del frente de Hitler en la orilla oriental del Aller. Recorro las hileras de pequeñas lápidas rectangulares del cementerio de la localidad fijándome en los nombres y las fechas de nacimiento: Gerd Estemberger, diecisiete años; Wilhelm Braitsch, diecisiete; Paul Jungblut, diecisiete. Me viene a la memoria el epitafio de Rudyard Kipling para un recluta novato:

> *En la primera hora de mi primer día*
> *en la trinchera del frente caí.*
> *(En el teatro, los niños de los palcos*
> *se levantan para ver bien).*[7]

Entretanto, los refugiados alemanes habían duplicado la población de Westen, que pasó de unos seiscientos habitantes a más de mil doscientos. Algunos habían llegado de Hamburgo tras los aterradores bombardeos angloamericanos conocidos como «operación Gomorra», que impulsó a más de novecientas mil personas a abandonar la ciudad arrasada.[8] Otro grupo que había sido trasladado —«en la época de Adolf», en palabras de Albert— de Besarabia a Pomerania huyó más tarde ante el avance del Ejército Rojo «con ciento cuarenta caballos». Me gusta la precisión campesina del

www.elboomeran.com

número de caballos. Luego hubo una expedición aún más larga de alemanes que huyeron de Silesia para salvar la vida después de que Stalin, Churchill y Roosevelt decretaran que la región debía entregarse a Polonia.

Helga Allerheiligen, una mujer menuda y metódica de ochenta años, aunque parece mucho más joven, es una de esos refugiados de Silesia. Retoma el relato con la ayuda de Wilhelm, su marido. Sí, ella llegó de Breslavia (Wrocław en polaco) «en un carro tirado por bueyes, con solo tres maletas». Su familia se alojó en el pueblo vecino de Hülsen, en lo que antes había sido un campo de trabajos forzados para polacos. «Tendría que haber visto usted en qué estado dejaron los polacos esos barracones, hechos un asco», me confía más tarde, con solo una pizca de los viejos prejuicios.

Los lugareños no recibieron bien a esas refugiadas alemanas, y menos aún como parejas de sus hijos: «Los hombres de Westen deben casarse con muchachas de Westen». Por suerte los soldados británicos organizaban bailes por las noches. «Querían juntarse con las chicas alemanas», explica Helga. En uno de esos bailes, en el bar de Hülsen, conoció a un joven agradable de Westen llamado Wilhelm Allerheiligen, cuyo padre puso el grito en el cielo: «¡Esa mujer no trae nada consigo!». Sin embargo, el amor siempre triunfa. Así pues, aquí están, al cabo de toda una vida, recordando aquellos buenos tiempos, aquellos malos tiempos.

Su mención de los bailes organizados por los soldados británicos para «juntarse con las chicas alemanas» me lleva a otra pregunta: ¿las relaciones con ellos prosperaron? Tras un largo silencio, uno de los hombres dice con sorna: «¿Está usted buscando parientes en Westen?».

Cuando hacemos una pausa para tomar café con pasteles caseros, enseño a los dos Heinrich las fotografías de mi padre en el partido de críquet. «¿Tienen alguna idea de dónde se hicieron?» Juntan sus recias cabezas. «Pues claro —exclaman—, esa es la carretera que lleva a Wahnebergen y, mira ahí, ese es el poste de telégrafos de Nocke».

«¿Tendría alguien la bondad de llevarme al lugar?». Jan Osmers, el más joven del grupo, se ofrece a ayudarme. Subimos a mi Volkswagen de alquiler y en un santiamén ahí está, sin la menor duda: el prado de las fotografías, con el poste de telégrafos en el mismo sitio. Plantado en la alta hierba fragante, que me llega hasta los tobillos, oigo en mi mente los sonidos de aquel partido de críquet en una cálida tarde de verano de hace muchos años: «¡Buen lanzamiento, señor!». «¡Bateador fuera!».

Jan, un hombre delgado con cabello plateado revuelto y gafas de cristales ahumados, es el historiador del lugar. Orgulloso heredero de un molino de viento que durante cinco generaciones ha pertenecido a su familia, ha escrito una crónica pormenorizada, basada en una minuciosa investigación, de la historia de Westen.[9] Solo me lleva un par de años y nos caemos bien al instante.

Desde el prado del partido de críquet nos dirigimos al Steinlager, un campamento del vecino pueblo de Dörverden donde se alojaron los trabajadores forzados. En lo que hoy se conoce como el Steinsiedlung (el campamento de los tiempos de guerra se convirtió más tarde en una urbanización), los barracones sólidamente construidos han dado paso a modestos bungalows unifamiliares con céspedes cuidados y coches pequeños en la entrada. En uno de ellos, las barras y estrellas de la bandera estadounidense ondean en un alto mástil.

En esta zona, muchos de los trabajadores forzados de los nazis vivían con los granjeros para los que trabajaban mientras los hijos de esos granjeros se iban a matar a los familiares de los trabajadores forzados en la guerra de Hitler. Pero los polacos, rusos, franceses y belgas que se hospedaban en el Steinlager trabajaban en la cercana fábrica de pólvora de Eibia, que, entre otras cosas, elaboró una rudimentaria arma química.[10] Jan y yo nos internamos con el coche en un tupido bosque de coníferas de Barme, donde entre los abetos y pinos todavía se atisban los restos de esa fábrica de muerte. Unas vías de tren abandonadas llevan directamente a la factoría y un ramal aún operativo discurre a corta distancia. Líneas ferroviarias: las venas varicosas de la maldad nazi, que transportaban veneno, esclavitud y muerte a todos los rincones de la Europa ocupada.

En el bosque de Barme ya estamos cerca del corazón de las tinieblas, aunque nos acercaremos aún más si dejamos la carretera principal, que lleva a Hannover, y seguimos las indicaciones de Bergen-Belsen. Ahí, apenas unos días después de cruzar el Aller, los compañeros de mi padre se enfrentaron a horrores que pocos británicos han imaginado siquiera vagamente. Se vieron rodeados de «esqueletos vivientes con rostros demacrados amarillentos» y olieron el «hedor de la carne putrefacta».[11]

Los maltratos, el hambre y las enfermedades despojaron a los supervivientes de los últimos jirones de dignidad humana. Alan MacAuslan, un estudiante de medicina que trabajaba con el ejército británico, recordaba:

> Miré hacia abajo en la penumbra y vi a una mujer agachada a mis pies. Tenía el pelo negro y enmarañado, muy poblado [de piojos], y las costillas se le marcaban como si no hubiera nada entre ellas […]. Estaba defecando, pero se hallaba tan débil que no podía levantar las nalgas del suelo y, como tenía diarrea, las deposiciones de líquido amarillo se le escurrían por los muslos. Además de sarna, tenía los pies blancos y

www.elboomeran.com

gruesos debido al edema por desnutrición. Mientras estaba agachada, se rascaba los genitales, también afectados de sarna.[12]

Un prisionero checoslovaco llamado Jan Belunek contó a sus libertadores que había visto cadáveres con el corazón arrancado y que había visto a otro prisionero «sentado junto a uno de esos cadáveres […] comiendo carne que no me cabe duda de que era carne humana».[13]

Los cuerpos apilados mostraban, según declaró un oficial británico, «todas las bromas que puede gastar el *rigor mortis* con el rostro humano, todas las posturas grotescas que un esqueleto humano desparramado, tirado en el suelo al azar, puede adoptar».[14] Si visitáis el centro conmemorativo de Bergen-Belsen, veréis un documental original donde a los guardias del campo de concentración capturados se les ordena sacar de los camiones esos rígidos cadáveres desnudos y arrastrarlos hasta las fosas comunes mientras los internos supervivientes les lanzan insultos en todos los idiomas de Europa.

Recorriendo en un solo día lo que en la actualidad es una zona próspera y apacible del noroeste de Europa he retrocedido hasta el momento más oscuro de nuestro continente. Esos fantasmas nos esperan a solo una conversación de distancia. Por cada Helga, Albert y Heinrich, por cada soldado británico como mi padre, por cada trabajador forzado francés, polaco o ruso del Steinlager, por cada preso de Bergen-Belsen, hubo millones más.

www.elboomeran.com